

RODRÍGUEZ GARCÍA, José Luis, *Los pliegues de la razón. De Descartes a Cioran*, Zaragoza, Mira Ediciones, 1994.

Decía Musil que Dios hizo la creación en subjuntivo. Pero los hombres persistimos en polarizar la gramática hacia el indicativo. Cuando se trata de reconstruir el pasado filosófico, el empeño por determinar lo relevante de nuestra historia intelectual adquiere un tufillo épico, como si de una crónica militar se tratara, la gesta de una conquista o el lamento hacia algún persistente olvido. Por fortuna, de vez en cuando aparece algún historiador de la filosofía menos crédulo que la media y recuerda que la historia del ser o la aventura de la razón han dejado heridas de las que no se cierran. Una nueva mirada advierte los requiebros de tanta hazaña especulativa. En el horizonte terso de la modernidad aparece alguna opacidad, lo marginal y el remolino, la disgresión y atasco. La metáfora del *pliegue de la razón* es muy atinada para indicar de alguna manera lo inadvertido.

José Luis Rodríguez había ensayado ya esta afición por lo inoficial en casi todos sus trabajos filosóficos: Artaud, Hölderlin y Sartre habían sido llamados a declarar en ese amable interrogatorio movido por el único interés de comprender mejor las razones y desvaríos de nuestro pasado histórico. En este nuevo libro se pueden escuchar —entre otros— el monólogo de Descartes, Marx hace valer sus intenciones una vez apagado el griterío de los detractores de sus realizaciones históricas, el coro de los revolucionarios franceses incluye también sus disonancias, Cioran ironiza sobre la reinante estupidez. El resultado es un libro abierto, empeñado en iluminar algunos momentos de la reciente historia intelectual y dejando las conexiones entre ellos en una honesta y sugerente indeterminación. Es libro que gustará a quienes no hayan perdido el interés por ver las cosas de otra manera.

Me voy a permitir una delación que explica el tono del libro. El autor no cree en la propiedad privada de los medios de producción y tampoco parece muy convencido de que la actual departamentalización del saber conduzca a ninguna parte razonable. Se adivina que goza provocando a los filósofos con una prosa elegante y clara, mientras escandaliza a los poetas dando entrada a los argumentos. Por algo es un filósofo resistente a toda clasificación, que prefiere considerarse un escritor. Se le suele ver con frecuencia a lo largo de esa amplia frontera y es de esperar que continúe haciendo contrabando de estilos e ideas, atento a diestra y siniestra, advirtiendo lo que otros ciudadanos ejemplares no ven a causa de su cómoda instalación.

Daniel Innerarity

BURGOS, Elvira, *Dioniso en la filosofía del joven Nietzsche*. Zaragoza, Prensas Universitarias, 1993.

Es bien conocida la importancia simbólica de Dioniso, invención de su época juvenil, en la filosofía de Nietzsche. Cuando a sus veinticuatro años fue nombrado catedrático de Filología clásica en la Universidad de Basilea, Nietzsche tenía que justificar su nombramiento con una obra que, al decir de Sánchez Pascual, tenía que estar escrita mirando con el rabillo del ojo a sus colegas. Pero salió otra cosa, nada menos que *El nacimiento de la tragedia*, una obra que postula lo dionisiaco y lo apolíneo como vías de acceso a la cultura helénica. Nietzsche se aleja con esta *opera prima* tanto de los patrones filológicos de su tiempo como de la visión que esta filología tradicional había forjado de la antigüedad clásica. Al tiempo que escandaliza, el joven filólogo abre unas ventanas que nos hacen ver un mundo clásico distinto.